

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Domingo, 20 de Abril de 2008

LA BARCA DE CARONTE.

DECIMOSEPTIMO CAPÍTULO. EL VIAJANTE.

Santiago está cansado. Lleva casi tres horas conduciendo por las desastrosas carreteras en las cercanías de Tévar, en la provincia de Almería. La noche está cerrada y ha caído una espesa niebla que permite ver a duras penas la calzada. Pero los antiniebla parecen cumplir bastante bien su función y puede continuar. A Santiago lo está esperando en Tévar su amigo Juanjo, que tiene un hostel, en el que espera pasar la noche. Santiago es representante de una de las más importantes marcas de maquinillas de afeitar y mañana tiene que llegar hasta Almería.

Santiago permanece tranquilo, conduciendo con prudencia, como así lo exige la situación. Todo permanece en una oscuridad desesperante, excepto lo poco que los antiniebla pueden iluminar de la calzada. Por la radio anuncian una fuerte bajada de las temperaturas para el día siguiente. Llegado el momento, Santiago decide apagar la radio y sentir un silencio roto sólo por el sonido del motor de su Renault-12. Pero de repente, surgido de entre la bruma, aparece un tipo ataviado con una larga gabardina, un sombrero y una maleta. El corazón le da un enorme salto a Santiago. *¿Qué hace aquí este individuo con la que está cayendo?*-pensó Santiago. Pero justo en el momento en que iba a parar el coche para hablar con él y ofrecerle su ayuda si le hiciera falta, la silueta que había aparecido de la nada, lo mismo que apareció se esfumó. Santiago bajó del coche sin dejar de pensar en lo que acaba de ocurrirle. No daba crédito a lo que acaba de contemplar. Juraba haber visto a aquél tipo, pero no lo encontró.

Santiago subió al coche y prosiguió su marcha. *¿Qué cosa más rara! Será el cansancio...*-comentó Santiago haciendo un enorme esfuerzo por quitarle importancia a lo que había ocurrido. Pero conforme el coche se comía los kilómetros que quedaban por delante, a Santiago le dio por mirar por el espejo retrovisor que tenía por encima de él. El interior del coche apenas se veía, pero cuanto más miraba, más le parecía llevar a alguien sentado en el asiento de atrás. Le volvieron a subir esas corrientes que empujaban hacia el exterior un sudor frío, típico en momentos de pánico. Santiago optó por cantar, para ahuyentar su miedo. A la salida de uno de los pueblos pequeños que se encontró por el camino, la tenue luz de una de las farolas se dejó deslizar a través de los cristales del coche, y Santiago pudo comprobar que sus sospechas eran acertadas. Fue solo un golpe de vista, pero a través del retrovisor interior, pudo comprobar que el tipo que se había encontrado en mitad de la calzada, entre la bruma, estaba sentado detrás de él.

Santiago no sabía qué hacer, si volver la cabeza hacia atrás o seguir contemplándolo a través del retrovisor. Y una pregunta no dejaba de rondarle por la mente: *¿Cómo ha podido subirse al coche sin darme cuenta?* Y casi sin darse cuenta, este individuo dejó reposar su mano derecha sobre el hombro de Santiago. Éste quedó completamente paralizado. Con el rostro desencajado miró hacia detrás. El tipo, además de sombrero y gabardina, llevaba corbata, guantes de cuero y unas enormes gafas de sol. Y le dijo: *Frene usted ahora mismo. Su vida le va en ello.* Santiago pensaba que este hombre se sacaría un arma y no sabía qué era capaz de hacerle. Pero en el horizonte, un enorme estruendo surgió de improviso. Era un enorme frenazo. Santiago salió del coche, aun a costa de lo que el individuo que llevaba en el coche le pudiera hacer. Quizá quisiera huir. Pero cuando habló con el conductor del coche que había frenado, se quedó de piedra. Y no era para menos: el hombre también había visto al mismo personaje de sombrero, gafas de sol y maletín; además, le había dicho que frenara porque si no su vida correría peligro. Ambos se dieron cuenta de que lo que estaban diciendo no era normal. Santiago le comentó que dentro del coche llevaba precisamente a este tipo. Pero cuando ambos fueron hacia el Renault-12, allí no había nadie. Se miraron con cara de tontos, se dieron la mano y se subieron en sus respectivos coches.

Cuando atravesó la zona en la que había frenado el otro conductor se percató de que, efectivamente, de no haber frenado él ni el otro conductor, se habría producido un accidente enorme. Era una curva muy estrecha y muy cerrada, con un estado del pavimento en pésimas condiciones. Y con todo lo que le había ocurrido merodeando por su cabeza, consiguió por fin llegar hasta Tévar.

Santiago aparcó el Renault-12 y fue a saludar a su amigo Juanjo que le esperaba en la entrada del hostel. Juanjo no podía creer lo que le estaba contando Santiago, debido a una razón bastante espeluznante. Juanjo en realidad no estaba esperando a Santiago. Esperaba la llegada de un coche fúnebre. Al parecer, un individuo que se identificó como *Señor Ancora*, que vestía una enorme gabardina gris, un sombrero negro, gafas de sol y portaba un maletín de piel marrón, se alojó en el hostel hacía unas horas. Se oyó un enorme ruido proveniente de su habitación. Juanjo había entrado después de llamar decididamente en su puerta. El señor estaba tumbado sobre la cama y sin respiración. Juanjo llevó a Santiago hacia esa misma habitación. Y Santiago comprobó que, en realidad, el señor que yacía sobre la cama era el mismo que se encontró entre la bruma, el mismo que se sentó en el asiento trasero de su coche, el mismo que le había evitado un accidente esa misma noche.

Esta historia, como siempre, está basada en hechos reales. Ahora ha quedado convertida en leyenda urbana. Pero a veces, en muy pocas ocasiones, las leyendas urbanas solo son un titulillo que el pueblo, miedoso, le otorga a historias que sabe muy bien, puede que tengan bastante de realidad. Y eso es lo que de verdad aterra, que puede ser real. Y ésta, lo fue.